

*EL CUERPO EN QUE NACÍ*, DE GUADALUPE NETTEL

*Adriana Guadarrama*

La novela *El cuerpo en que nací*, de Guadalupe Nettel, parecería contarnos una historia de resiliencia de la propia autora, que desde su infancia hasta la edad adulta tuvo que sobrevivir a muy diversas condiciones adversas, como el hecho de haber nacido con un lunar blanco sobre la córnea de su ojo derecho, que la confinó en su infancia a un mundo nebuloso y solitario; la separación y repentina desaparición de sus padres; la vida con la abuela; el aterrizaje en un barrio muy rudo de migrantes árabes de Aix en Provence, en el sur de Francia; los años transcurridos en Francia; el no menos traumático regreso a México y su inscripción en el Liceo Franco-Mexicano en la colonia Polanco. Es la historia de la construcción de un carácter y de una personalidad forjados al calor de situaciones límite: de soledad y ostracismo, o de resistencia en un medio hostil y ajeno frente al cual hay que defenderse cada día con uñas y dientes para sobrevivir. En todos los casos desde la conciencia de ser diferente, de ir por la vida como un ser marginal.

Lo dice en la entrevista publicada en *El País* el 19 de noviembre de 2011: “La diferencia física y las burlas infantiles me marcaron de forma definitiva. También vivir con mi abuela y no saber dónde estaba mi padre [...] Todo eso hizo que me sintiera marginal. Además del ojo, crecí entre niños de exiliados de toda América Latina, después entre inmigrantes de África y árabes. Y eso cuento: ser y vivir en ambientes marginales. En ningún lado encajaba y acabé resignándome a que así sería el resto de mi vida. Lo tomé como una causa. Todo lo que escribo está imbuido de esa visión del mundo”.

La novela es un relato autobiográfico narrado en primera persona por la autora, que cada tanto nos recuerda que está en una supuesta sesión de psicoanálisis con una presunta doctora Szlavski, que escucha el largo monólogo en silencio, sin tomar nunca la palabra. Es únicamente receptora y testigo mudo del relato.

Guadalupe nos recuerda que su papá fue psicoanalista, antes de caer en prisión por negocios turbios, y que el psicoanálisis estuvo siempre en su vida, de ahí que haya elegido esta forma narrativa como un pretexto para contar la historia de su vida.

De acuerdo con una anécdota que la autora cuenta casi al final de la novela, parecería que el motivo que la impulsó a escribir esta novela autobiográfica fue la amenaza de su madre de demandarla por perjudicar su imagen, cuando ni siquiera estaba en su mente escribirla. Así tendría la conciencia la mamá —una conciencia culposa quizá—, que sospechaba que en una autobiografía de su hija no iba a salir bien librada.

Una niña que pasa sus primeros años de escuela y de vida con su ojo bueno oculto tras un parche, soportando las burlas y la curiosidad de sus compañeritos, que siempre estarían imaginando qué habría detrás de ese parche plano color carne, es un duro despertar a la realidad. Y el refugio de Guadalupe fueron las escaleras o las azoteas del edificio donde vivía, subirse a los árboles, más tarde jugar fútbol, o quedarse en un rincón en el patio de recreo. Deslizándose por los barandales de esas escaleras tuvo su primer contacto con la masturbación. Guadalupe creció, ya lo dijo en la entrevista la autora, como un ser marginal.

Es interesante cómo ella recuerda a los otros seres marginales y diferentes que había en su escuela: la niña del labio leporino, el niño con leucemia, la niña paralítica. Y esa especie de conciencia común con respecto de los demás: "Todos nosotros compartíamos la certeza de que no éramos iguales a los demás y de que conocíamos mejor esta vida que

aquella horda de inocentes que, en su corta existencia, aún no habían enfrentado ninguna desgracia”.

Guadalupe nace en 1973, es decir que sus padres pertenecen a esa generación —mi generación—, llamada de los *baby boomers*, esos niños y niñas nacidos en los años cincuenta, en su mayoría, y que a partir de los movimientos de liberación de los años sesenta se rebelan contra el orden establecido y quieren cambiar al mundo. En esa rebelión intentaron un sinnúmero de experimentos, no todos muy exitosos, como el amor libre, la pareja abierta, los tríos, las comunas, no ocultar nada a sus hijos, hablarles abiertamente de sexo, y en algunos casos extremos —como el que relata Guadalupe—, tener sexo delante de sus niños.

“Los niños fuimos los conejillos de indias de esa generación”, dice Guadalupe, y pagaron las consecuencias de los múltiples errores de sus padres. Aunque la autora les reconoce que tuvieron las agallas de cambiar al mundo que no tuvo después su generación.

Por lo tanto, después de llevar una vida bajo el ambiente supuestamente liberador y permisivo del matrimonio de sus padres, Guadalupe y su hermano viven su separación como algo insoportable y muy doloroso. Sobre todo porque después de la separación, y de que el padre abandona la casa y desaparece, su madre pasa los dos años siguientes sumida en una profunda depresión, y finalmente se va a Francia a estudiar un doctorado y los deja en manos de su madre, o sea, la abuela de los niños, que los regresa, por así decirlo, del siglo XX al siglo XIX. Un brutal abandono que provoca en los niños un enorme sufrimiento, sobre todo porque durante largos meses no pueden comunicarse con ninguno de los dos.

Es posible que haya habido muchos casos similares en las familias de los años sesenta de cierto nivel intelectual, posiblemente universitario, que yo personalmente me puedo imaginar muy bien porque lo viví de primera

mano. En los que los niños pagaron los platos rotos de matrimonios desechos, de padres ausentes, de cambios de giro moral al quedarse con abuelos o tíos o con uno de los dos padres, que fueron profundamente irresponsables e incapaces de librar a los hijos del sufrimiento que les provocaron con sus vaivenes existenciales. La madre de Guadalupe no consideró inapropiado, irresponsable o lesivo desaparecer casi un año en Francia e interrumpir toda comunicación con sus hijos hasta que tuvo a bien regresar por ellos. La situación del padre era más complicada, porque estaba en la cárcel, como después se sabe, pero por largo tiempo les dijeron a los niños que estaba en Estados Unidos.

Quizá esta historia hable de un caso extremo, pero no del todo inusual en aquella época, y que posiblemente se siga repitiendo en otro contexto y otra época. Pero ésta fue la experiencia de la autora y tiene algo de excepcional, tanto como para ser digna de ser plasmada en una novela. Porque en el caso de Guadalupe, su historia familiar, aunada a su padecimiento físico, produjeron un personaje singular que vivió su infancia y juventud como una paria, sobreviviendo siempre en escenarios hostiles y ajenos, en los que tenía que estar alerta. Pero siempre desde la diferencia y la marginalidad.

Otro acontecimiento que marcó su infancia, ya viviendo con la abuela, fue el suicidio de Ximena, la niña chilena con la que mantenía cada noche un diálogo silencioso, de edificio a edificio, asomándose cada una a su ventana. Justamente así fue como descubrió fuego en su habitación y dio la voz de alarma para que la abuela llamara a los bomberos. Una experiencia terrorífica para una niña que creció en esa Villa Olímpica de los años setenta, entre niños que eran hijos de exiliados sudamericanos que venían a México huyendo de las dictaduras del cono sur.

Y antes de eso, el impacto que le causó saber que una niña argentina de la unidad había sido violada por un trabajador de limpieza. Fue por esa

época en que Guadalupe empieza a ver insectos venenosos entre sus sábanas o metidos en sus zapatos, y a aficionarse a la lectura de Kafka y de Edgar Allan Poe. También descubrió a García Márquez al leer *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*, con la que se identificó plenamente, porque le recordaba su complicada e imposible relación con su abuela.

Si hay que definirla, se puede decir que ella era una niña diferente a la que le gustaba jugar fútbol, afición que también le causó ser discriminada y marginada por los muchachos que no la querían en el equipo, así como reprobada por la rígida moral de su abuela, en un principio.

Después vienen los años en Francia, cuando su madre regresa por ella y su hermano para llevarlos con ella. Dejar su país, su escuela, sus amigos, el niño que le gustaba, como puede sucederle a cualquier adolescente, es otro parteaguas doloroso en su vida. Luego tener que adaptarse a un barrio marginal de migrantes árabes en la ciudad de Aix en Provence, al sur de Francia, y aprender el francés, el argot árabe y a sobrevivir en su nuevo barrio donde no se salvó de algunas golpizas, y entre sus compañeras y compañeros de escuela, con los que no era muy sociable.

Y cómo, cuando está en pleno despertar sexual, pero también en pleno enfrentamiento con la autoridad materna, es de nuevo víctima de una decisión arbitraria de su madre cuando ésta decide regresarla a México, de nuevo a vivir bajo el cuidado de su abuela, después del escándalo que provocó en la colonia de vacaciones la noche que no llegó a dormir porque se fue a bailar y a caminar toda la noche con el joven albañil tunecino.

Fuerte shock de nuevo el hecho de regresar de la rudeza del barrio árabe, en el que ya se movía como pez en el agua, a vivir con su abuela y a convivir con sus nuevos compañeros de clase alta del Liceo Franco-

Mexicano, en la colonia Polanco, donde la diferencia de clases (que no le pide nada a la sociedad de castas de la India, dice Nettel en una entrevista), estaba perfectamente marcada. Pero ella ha crecido, es más fuerte, y tanto ella como la abuela deciden ignorarse mutuamente, antes que enfrentarse en una guerra sin cuartel. Y vive un periodo de libertad casi absoluta, donde se inicia en el conocimiento de la vida nocturna de la urbe. Y en el Liceo establece relaciones menos ingenuas con sus compañeros y compañeras, sin la timidez y el miedo al rechazo que marcaron su infancia.

Otro episodio importante son las visitas a su padre al reclusorio, en compañía de la abuela, que es como visitar el inframundo de la Ciudad de México. Otra experiencia que seguramente la marcó de por vida.

Estos son algunos de los temas que más me impactaron en la lectura de *El cuerpo en que nací*, que, como decía al principio, es una historia de sobrevivencia desde la marginalidad de esta infancia y adolescencia singular de Guadalupe Nettel en tan diversos escenarios. Y en la que también se fue conformando su vocación por la lectura y la escritura.

Percibo en las últimas páginas una intención de terminar con un final liberador, cuando su madre la lleva a Filadelfia a que le practiquen la operación en el ojo para la cual había ahorrado toda su vida y que significaría la recuperación de la vista del ojo malo. Y cómo, al saber que la operación es imposible, deciden tomarlo con filosofía y lanzarse a gastar el dinero en las tiendas y a disfrutar de los museos. El regreso de Filadelfia coincide con la liberación de su padre, que aparece en el aeropuerto a recibirlas.

Rescato un par de párrafos finales, que reflejan a una mujer madura que asume su lugar en el mundo:

“Por fin, después de un largo periplo, me decidí a habitar el cuerpo en el que había nacido, con todas sus particularidades. A fin de cuentas era lo único que me pertenecía y me vinculaba de forma tangible con el mundo, a la vez que me permitía distinguirme de él”.

Y el párrafo con el que termina esta historia:

“El cuerpo en que nacimos no es el mismo en el que dejamos el mundo. No me refiero sólo a la infinidad de veces que mutan nuestras células, sino a sus rasgos más distintivos, esos tatuajes y cicatrices que con nuestra personalidad y nuestras convicciones le vamos añadiendo, a tientas, como mejor podemos, sin orientación ni tutorías”.

Creo, finalmente, que Guadalupe Nettel es una de las representantes más maduras y lúcidas de esta espléndida generación nacida en los años setenta, que ha dado brillantes escritores, poetas, músicos, artistas plásticos, fotógrafos, etcétera, a los que hay que seguir descubriendo.